El problema de la sátira Latina

Ya desde principios del siglo II o del último tercio del III, a. C., existió probablemente entre los latinos y su literatura la palabra *satura,* que no era más que la forma femenina del adjetivo *satur* usada como substantivo, de manera análoga a como el uso poético tomó el nombre *Regia* del femenino de *regius.*

Este vocablo se escribía en tiempo del Imperio con la grafía *satira,* y en época postimperial por contaminación de escrituras mendosas de los manuscritos es frecuente la forma *satyra;* y ambas grafías están influenciadas por la relación etimológica aparente con los *satyroi* [1], aun en período anterior al Imperio, desde que Lucilio dotó a la satura romana de espíritu mordaz, empezando a entrecruzarse el nombre latino con su parafónico griego y los conceptos de las formas literarias de éstos. Asímismo desde el siglo III, p. C., se estila la voz *satiricus,* como predicativo de poetas, de modo que equivale a «escritor de sátiras» [2].

Por otra parte se ha discutido sin medida en nuestro tiempo sobre el origen y sentido de la palabra *satura,* y aquí no vamos a hacer otra cosa que exponer la situación del problema y dar las ideas y razones más congruentes con la historia literaria del tema.

Cree, o sospecha por lo menos, B. Snell que la voz latina *satura* dice relación con la etrusca *str, satir,* «orare», y por tan-

---

[1] G. A. GERARD, *Satura und Satyroi,* Philol. 75, 1919, 247, ss.

[2] U. KNOCHE, *Die Römische Satire,* Berlin, 1949, p. 7.

Universidad Pontificia de Salamanca

to acusa una conexión con la comedia antigua etrusca. Pero U. Knoche por su parte se extraña sobremanera de tal hipótesis, y decididamente acentúa que la sátira romana que conocemos, ni histórica, ni etimológicamente puede enlazarse con la comedia etrusca, porque ésta, de la que habla T. Livio (7, 2), no evoca la *satura,* aunque así quiera interpretarse el pasaje Liviano. Por su contenido originario y por su aspecto de conjunto la *satura* revela desde el principio una poesía artística sin relación inmediata con la canción popular [3].

Las glosas explican la palabra como χορτασία, χόρος δίσκος, τάγηνον, νόμος πολλὰ περιέχων. La gramática de Diomedes (G. L. K. 1, 485) enseña que la voz *satura* tuvo origen de sus diversos usos y aplicaciones, es decir, bien de los sátiros que declamaban y representaban versos risibles e indecorosos, bien del plato de un *quasi* gazpacho, según lo que dice Virgilio en G. 2, 192-194, 394, bien de cierto pisto que se elaboraba con varias frutas y vino mezclado con miel, y al que Varrón de Reati denomina *satura* en el libro II de las *Questiones Plautinas* (207, 52 edic. Fun.): *satira dicitur carmen apud Romanos nunc quidem maledicum et ad carpenda hominum vitia archaeae comoediae charactere compositum quale scripserunt Lucilius et Horatius et Persius; et olim carmen, quod ex variis poematibus constabat satira vocabatur, quale scripserunt Pacuvius et Ennius, satira autem dicta a satyris, quod similiter in hoc carmine ridiculae res pudendaeque dicuntur, quae velut a satyris proferuntur et fiunt; sive a satura lance, quae referta variis multisque primitiis sacris Cereris inferebatur; vel a copia et saturitate rei satura vocabatur...; sive a quodam genere farciminis, quod multis rebus refertum saturam dicit Varro vocitatum... in secundo libro Plautinarum quaestionum: «satura est uva passa et polenta et nuclei pini ex mulso consparsi»; ad haec alii addunt et de malo punico grana; alii autem dicta putant a lege satura, quae uno rogatu multa simul comprehendat, quod scilicet et satura carmine multa simul poemata comprehenduntur, cuius saturae legis Lucilius meminit in primo* (fr. 48 ed. Marx. 1904): «*Per*

---

[3] U. KNOCHE, o. c., p. 10.

Universidad Pontificia de Salamanca

saturam Aedilem factum, qui legibus solvat», *et Sallustius in Jugurtha* (cf. 29).

De estas fuentes extrae la idea del origen de la sátira, Festus (edic. Müller, 1893, p. 314): *Satura et cibi genus ex variis rebus conditum est et lex multis aliis legibus conferta. itaque in sanctione legum adscribitur «neve per saturam abrogato aut derogato»* [4].

El citado gramático Diomedes, aunque escritor tardío, como del siglo IV p. C., recoge las opiniones de la antigüedad literaria preimperial y hasta su época. Por lo anterior se echa de ver la oscuridad y lo inseguro de los orígenes de la sátira en cuanto a su nombre y uso.

En cuanto al fondo y arte, la sátira constituyó entre los Romanos cierto género literario con tema y modos locutivos propios, que, a juicio de Quintiliano (10, 1, 94), es producto peculiar de la literatura romana, pues bien sabidas son sus ideas a este respecto: *Satira quidem tota nostra est, in qua primus insignem laudem adeptus Lucilius quosdam ita deditos sibi adhuc amatores, ut eum non eiusdem modo operis auctoribus sed omnibus poetis praeferre non dubitent.* Con esas palabras quiere expresar el rétor hispano que el creador de la verdadera sátira con sus notas específicas como género literario fué C. Lucilio, a quien siguieron como eminentes cultivadores y modeladores de la misma, Horacio y Persio con otros contemporáneos de Quintiliano.

Pretender investigar el origen primitivo del poema satírico, es decir, su prehistoria, es negocio bastante arduo, porque sencillamente, la penumbra siempre vela la claridad de los hechos remotos nacidos del espíritu humano. Menos dificultad ofrecería, si pudiera ascenderse en la historia del significado de la *satura* hasta su inicio; pero, como hemos visto, ni los antiguos estaban de acuerdo. Cuando se alcanza su uso literario, no significa ya una posición o actitud determinada del espíritu, sino tiene un sentido artístico, como expresión de una forma literaria propia de características especiales, de contornos bastante claros y de leyes definidas.

---

[4] Cf. Isid., *Orig.* 5, 16 y 20, 2, 8, edic. Lindsay.

Universidad Pontificia de Salamanca

Abarcando pues en síntesis todo el problema, nos queda ante la vista una doble tarea: presentar el proceso de la sátira romana como una forma literaria, y estudiar los realizadores poéticos y particulares del género satírico.

I

La raíz humana de la sátira, considerada como actitud o disposición del espíritu y sentimiento es natural al temperamento del hombre. En efecto, la causa común y principal de la proclividad a la burla es la misma naturaleza racional que prende y aviva los sentimientos. Toda infracción de las leyes lógicas y toda colisión o contraste entre las mismas excita la indignación o la risa; lo que interpretó Juvenal con aquellas palabras (1, 79): *si natura negat, facit indignatio versus.* De aquí es lícito inferir que es innato en el hombre el sentimiento y costumbre de censurar y punzar los dichos y hechos ajenos, con los que a su juicio se rompen las normas del pensar. Por eso se comprende que en las sociedades primevas de cualquier pueblo se observen indicios de ese espíritu burlón, sobre todo cuando en las fiestas se sueltan las riendas a los ánimos. En los pueblos de la antigüedad clásica, sabemos, que después de la siega y vendimia, terminados los trabajos del campo, al caer el año, se celebraban en honor de los dioses rurícolas, de Ceres sobre todo y de Baco, las Cerealia y las Liberalia.

Primero la juventud despreocupada y placentera daba gracias a los dioses, y cantaban en su honor himnos rústicos, y después, no sólo colgaban de los árboles *oscilla* o *larvas* de cortezas para que estas imágenes de Baco movidas por el viento difundiesen por los campos la mayor fertilidad, sino que con ellas se cubrían el rostro, y así enmascarados, llenos de vino, durante el convite y al final del mismo, se decían mutuamente al pasar *dicteria* y *proba*, en versos por lo regular desaliñados, amebeos y extemporales, *temere* y sin ningún arte pensados. Estos eran los versos *Saturnios*, o sea, los primitivos y rudos, y los *Fescenninos*, denominados así de Fescennia, ciudad

Universidad Pontificia de Salamanca

de Etruria, versos procaces y obscenos, sin sujeción a las leyes del metro, ni a las de lo honesto y del decoro, aunque no exentos de algún ritmo, como lo confirma Q. Ennius (*Ann.* 1, 7-9, edic. *Vahlen*):

Olim Fauni vatesque canebant,
Quum neque Musarum scopolos quisquam superarat,
Nec dicti studiosus erat.

Este género de poemas «incomptos», se cultivó en Roma largo tiempo, sobre todo se recitaban en bodas y triunfos, pero acabaron por verterse en ataques y mordeduras hirientes, por lo que se promulgó una ley y sanción para reprimir tal licencia, de la que habla Cicerón en el libro de Rep. (4, 10 in AUG., *civ. dei.* 2, 9): *Nostrae XII Tabulae cum perpaucas res capite sanxissent, in his hanc quoque sanciendam putaverunt, si quis occentavissent, sive carmen condidisset quod infamiam faceret flagitiumque alteri* (Cf. *Tusc.* 4, 2, 3 y 4).

Estas palabras de Cicerón miran a la tabla VIII, de la que puede leerse también en Horacio (*Sat.* 2, 1, 82-3), lo siguiente:

Si mala condiderit in quem quis carmina, ius est iudiciumque.

Estos versos saturnios y fesceninos parecen ser los antecesores remotos de la satura de los Romanos, según lo conocemos por la epístola de Horacio a Augusto, y por las Geórgicas del Mantuano (VERG. G., 2, 385-96; HOR. *Ep.* 2, 1, 139-160). Pero la noticia más extensa y detallada nos viene de un conocido texto de T. Livio (7, 2, 3-13, edic. W. WEISSENBORN y M. MÜLLER, *Lipsiae,* Teubner, 1912), en el que nos ha transmitido directamente el origen de la comedia romana, y con él de la sátira romana, primero la dramática, después la didáctica:

Cum vis morbi (a. 364), nec humanis consiliis nec ope divina levaretur, victis superstitione animis, ludi quoque scaenici, nova res bellicoso populo —nam circi modo spectaculum fuerat— inter alia caelestis irae placamina instituti dicuntur, ceterum parva quoque, ut ferme principia omnia, et ea ipsa peregrina res fuit, sine carmine ullo, sine imitandorum carminum actu ludiones, ex Etruria accidit, ad tibicinis modos saltantes, haud, indecoros motus more Tusco dabant.=imitari deinde eos iuventus

Universidad Pontificia de Salamanca

simul inconditis inter se iocularia fundentes versibus coepere, nec absoni a voce motus erant. accepta itaque res saepiusque usurpando excitata. vernaculis artificibus, quia ister Tusco verbo ludius vocabatur, nomen histrionibus inditum, qui non, sicut ante, Fescennino versu similem incompositum ac rudem alternis iaciebant, sed impletas modis saturas descripto iam ad tibicinem cantu motuque congruenti peragebant.=Livius, post aliquot annis, qui ab saturis ausus est primus argumento fabulam serere...=Postquam lege hac fabularum ab risu ac soluto ioco res avocabatur et ludus in artem paulatim verterat, iuventus histrionibus fabellarum actu relicto ipsa inter se more antiquo ridicula inexta versibus iactitare coepit; quae exodia postea appellata consertaque fabellis potissimum Atellanis sunt. quod genus ludorum ab Oscis acceptum tenuit iuventus nec ab histrionibus pollui passa est; eo institutum manet, ut actores Atellanarum nec tribu moveantur et stipendia, tanquam expertes artis ludicrae, faciant. inter aliarum parva principia rerum ludorum quoque prima origo ponenda visa est, ut appareret, quam ab sano initio res in hanc vix opulentis regnis tolerabilem insaniam venerit.

Haciendo la confrontación de los textos poéticos anteriormente acotados con el de T. Livio, vemos que la narración de los dos poetas parece referirse a las noticias de la primera parte del texto liviano que hemos distinguido con=; a la par que se confirma en la primera y segunda parte lo dicho sobre los juegos y versos fesceninos y alternos o saturnios.

Alrededor del año 290, a. C., Livio Andrónico insertó la comedia en las sátiras con danzas de los histriones y la realizó como una acción dramática a imitación, por lo visto, de la griega. Algunos años después se añadieron a la primitiva sátira dramática comedias Atelanas, en las que los actores se interpelaban en lengua osca y de modo y estilo rudo y grosero, a la vez que gracioso y risible, pero no lascivo y obsceno; el argumento era casto y las máximas moderadas y juiciosas. Por eso pudo decir V. Máximo (2, 4, 4), exaltado por el amor patrio: *Hoc genus delectationis Italica severitate temperatum ideoque vacuum nota fuisse.*

Pero abrigamos una sospecha, y es que las Atelanas lleva-

Universidad Pontificia de Salamanca

ban un aire de las comedias cómico-satíricas, tanto por el argumento, por la petulancia, por la dicacidad o audacia en la expresión, cuanto por la índole de los actores y danzas, por la misma acción, y aun por el hecho de representarse aparte, no a continuación de las tragedias.

Resumiendo todo lo que nos informa el fragmento de T. Livio en el aspecto histórico y en el literario, y dejando de lado algunas cuestiones debatidas, como por ejemplo, de qué origen preciso proviene la narración de Livio y de Horacio y otros temas críticos [5], la sátira romana en sentido genérico, no como esquema literario de perfiles definidos, parece ofrecer diversas fases y aspecto, antes y después de L. Andrónico, que brevemente sin omitir ninguna, pueden enunciarse y concretarse del siguiente modo:

La comedia atelana en lengua osca, la comedia atelana en lengua latina imitada de la osca, el exodio atelánico en el que se exhibían personajes e intrigas oscas con burlas romanas, el exodio atelánico de Pomponio y Novio, probablemente la satura dramática del género de las que escribía Sulla, y que eran antiguas farsas latinas sin nudo, sin héroe, de las que decía Horacio (A. P. 225-30):

Verum ita risores, ita commendare dicaces
Conveniet Satyros, ita vertere seria ludo,
Ne, quicumque deus, quicumque adhibebitur heros...;

la rintórica latina, como parodia de la tragedia, de la que se acuerda alguna vez el Anfitruo de Plauto, y por último el drama satírico como parodia de los mitos, que acompañaba al coro de los sátiros [6].

Mas lo que aquí nos compete investigar entre todas estas fórmulas es, bajo qué concepto se encuentra en dichas piezas dramáticas una razón de *satura*. Bien examinada la cuestión, creemos que no existe entre ellas otro elemento de espíritu o género satírico que el hecho de asociarse espontáneamente varias

---

[5] Cfr. O. WEINREICH, *Zur Römischen Satire*, en «Hermes», 1916, 408, ss.; y U. KNOCHE, o. c., p. 10.

[6] Cf. PAOLO FRASSINETTI, *Fabula Atellana*, Genova, 1953, pp. 48-64.

Universidad Pontificia de Salamanca

artes, como la poesía, la música, la danza, de modo semejante a la primitiva comedia tomada o imitada de los Griegos por obra del poeta Livio Andrónico.

Hasta aquí hemos conceptuado el nombre y fondo de sátira en un sentido difuso y extenso. No mucho tiempo después, pasados los exodios que siguieron al período de Livio Andrónico, advino en la literatura romana otra clase de sátira que se llamó didáctica.

I I

El primero que la introdujo entre los latinos, se cree que fué el venerable poeta Ennius, que no sólo fué autor del verso heróico, sino también del verso rudo y ajeno a los Griegos, como dice Horacio en el libro de sus Sátiras (1, 10, 66): *Ennius rudis et Graecis intacti carminis auctor.* En efecto, sabemos que el mismo Ennius recogió algunos poemas que se diferenciaban entre sí tanto por la composición como por el argumento, y dió al conjunto el nombre de satura, a la manera que los Griegos usaron de las voces Ἄτακτα y ξύμμεικτα [7].

Hay que pensar por qué causa se aplicó a los poemas del viejo poeta tal denominación. Creemos sin duda que obedeció al hecho de que se entretejieron las piezas de Ennius con materias o temas mezclados, sin enlace continuado y sin orden, y esto pretendió expresar el escritor con el vocablo *satura,* que por otra parte ya de tiempo atrás llevaba en sí el sentido consagrado por el uso, de mezcla de cosas, como lo hemos visto en el gramático Diomedes [8]. En realidad, se adapta completamente a la misma significación aquella ofrenda de primicias, cargada de frutos que los antiguos campesinos dedicaban a los dioses Silvano y Baco en señal y reconocimiento de abundancia y feracidad [9]. Del mismo modo que los *Silva* y *Pratum*

---

[7] KIESSLING, *Sat. d'Horace,* edit. 2.ª pl. XIX.

[8] VAHLEN, pl. CCXIV.

[9] DIOM. *G. L. K.*, 1, 485, 34.

Universidad Pontificia de Salamanca

se desarrollaron posteriormente, al final del siglo I p. C., en una clase de poema, así también este tipo de sátira llegó a la época de Ennius con los caracteres y sentido predichos; por esto con alguna frecuencia citan los gramáticos los *libro saturarum* del antiguo Ennius.

Con todo, considerando con atención y profundidad histórica la cuestión, no deja de insinuarse la duda, de si en realidad fué Ennius el primero que empleó este vocablo. Podemos admitir que Nevio compuso anteriormente una comedia con el título de *satura,* según el testimonio de A. Gelio [10], en la que se exponía una materia abigarrada; así como se llamó también *satura,* no en sentido privativo, aquel *lepos* plebeyo que se atraviesa en la poesía de L. Andrónico [11].

La actual investigación ignora cuántas sátiras escribió Ennius. Sólo puede recordarse que es citado por Porfirión un libro IV, y por Donato un libro VI [12]. Lo cierto es que solamente nos quedan exiguas reliquias de las obras ennianas, recogidas por eruditos como H. Columna, J. Casaubon, Merula, Hessel, de las obras de A. Gelio, de Servio, de Nonio [13], y de otros gramáticos y filológos. Merece mencionarse aquí el criterio de Quintiliano sobre la sátira de Ennius (9, 2, 36): *Sed formas quoque fingimus saepe, ut Famam Vergilius, ut Voluptatem ac Virtutem (quemadmodum a Xenophonte traditur) Prodicus, ut Mortem ac Vitam quas contendentes in satura tradit Ennius.*

Al estilo eniano escribió sátira M. Pacuvio, sobrino y discípulo de aquél, y sabemos algo de estos poemas por el testimonio del gramático Diomedes (III, ed. Pusch. p. 384): *Olim car-*

---

[10] A. GELL. 3, 3, 15: *Sicuti de Naevio quoque accepimus, fabulas eum in carcere duas scripsisse, Hariolum et Leontem, cum ob assiduam maledicentiam et proba in principes civitatis de Graecorum poetarum more dicta in vincula Romae a triunviris coniectus est. Unde post a tribunis plebis exemptus est, cum in his, quas supra dixi, fabulis delicta sua et petulantias dictorum quibus multos ante laeserat, diluisset.*

[11] SCHAZ-HOSIUS, *Handbuch der Alter.* VIII/1, München 1927⁴, p. 151.

[12] *Ad Terent. Phorm.* 2, 2, 25.

[13] NONIUS MARCELLUS, *De compendiosa doctrina,* Lindsay, Leipzig Teubner, 1903, s. v. *obstringilare, politiones, criminat.*

Universidad Pontificia de Salamanca

men, quod ex variis poematibus constabat, satira vocabatur, quale scripserunt Pacuvius et Ennius.

Es posible que fuera también eniana la sátira de Saevius Nicanor gramático del tiempo de Varrón, del que dice Suetonius (Gram. 5): *Fecit praeter commentarios, quorum tamen pars maxima intercepta dicitur, et satiram quoque, in qua libertinum se duplici cognomine per hoc indicat: Saeviu' Nicanor Marci libertu' negabit; Saeviu' Postumius idem, sed Marcu' docebit.*

Asimismo es próxima por sus características y por la época a la sátira de Ennius la de Varrón que introdujo éste en la poesía latina; pero como su período más floreciente de cultivo se dió en el tiempo de Juvenal, para este lugar reservamos nuestra disertación sobre la varroniana.

Mas, aunque el viejo Ennio empleó el nombre de sátira para aquella mezcla de poemas, ésta no llegó a constituir tipo literario propio y específico de la literatura romana, puesto que no acusa todavía aquella inspiración y espíritu picante en su conjunto y fondo, introducidos de propósito.

III

Es preciso en efecto, llegar a C. Lucilio, para que el género peculiar de la sátira logre su inspiración y caracteres definibles. Fué Lucilio quien impregnó de mordacidad y sal picante el argumento de la sátira romana, adobado siempre con gran variedad de temas y materias, como informa Quintiliano (10, 2, 94). La diversidad de cuestiones proviene de que el autor expresa su opinión sobre cualquier asunto o hecho de los que suceden a cada paso en la vida ciudadana.

Lucilio, de por sí agradable, y educado con el trato del culto Lelio, estaba dotado de un carácter alegre y dispuesto para censurar y zaherir las costumbres y modas de sus contemporáneos [14]. Por esto se lanzó, a veces con inconsiderada libertad, a atacar con el agudo dardo de la crítica satírica a todas las

---

[14] HORAT. *Sat.* 2, 1, 62-7.

Universidad Pontificia de Salamanca

clases sociales de Roma. Empezó por sacar a luz los flacos de las Instituciones públicas, y aun *Primores populi arripuit populumque tributim* (Hor. Serm. 2, 1, 69). Para esto reconstruye en ficción poética una asamblea de dioses, en la que éstos dan prudentes consejos sobre los remedios por los que el Pueblo y la sociedad romana puedan levantarse con energía del estado de postración en que se encontraba.

No menos clava Lucilio su mirada penetrante en la religión romana pública, y pronuncia severo juicio sobre la veneración concedida a las estatuas, como si fueran hombres. Por otra parte su mentalidad acusa las doctrinas filosóficas de sus contemporáneos que él prosigue conscientemente, y da a entender que conoce las principales sectas filosóficas que a la sazón se profesaban en Roma.

Por supuesto, que sería de interés literario e histórico examinar en cada libro de los 30 de sus Sátiras, el argumento y desarrollo, pero digrediríamos desmesuradamente de nuestro propio objeto. Solamente podemos señalar la narración del libro I de aquella sesión solemne de los dioses en la que se toma el acuerdo sobre L. Cornelio Centulo Lupo, príncipe del Senado, y del decreto de expulsión lanzado por aquéllos.

Si atendemos a los versos y métrica luciliana, observamos que usó en los primeros poemas un metro variado y mezclado como era corriente entonces; posteriormente aplicó solamente el exámetro en la composición de las sátiras.

Resulta por tanto que la satura luciliana se diferencia en mucho de la eniana, ya por el argumento y el estilo, cuanto por su estructura. Efectivamente, aquélla acometió con amplia libertad y acritud no sólo contra las costumbres y vicios de instituciones y del cuerpo social, sino contra los individuos, siendo empero a la vez graciosa, donairosa y fina, más pulida que la Ennio y demás poetas antiguos [15].

Sin embargo de todos esos méritos para con la satura, surge entre los modernos críticos literarios la cuestión histórica, si en verdad trae su origen, aquélla desde el mismo Lucilio o

---

[15] Varrón habla de la *gracilitas* de Lucilio (A. Gell. 6, 14, 6); y *Lucilius vir adprime linguae Latinae sciens*, en A. Gell. 18, 510.

Universidad Pontificia de Salamanca

más bien, desde Horacio, como auténtico género satírico. Por nuestra parte creemos que ningún testigo mejor podemos presentar en este pleito que el humorista Horacio, cuyo juicio sobre Lucilio nos consta en su libro de Sátiras (Serm. 2, 1, 62-3):

Quid, cum est Lucilius ausus
Primus in hunc operis componere carmina morem

(Serm. 1, 10, 46-8):

Hoc (satira) erat, experto frustra Varrone Atacino
Atque quibusdam aliis, melius quod scriberem possem
Inventore minor...

¿Qué más claro que estas palabras para persuadirnos sin ningún género de duda que Lucilio fué el creador del género satírico? A mi juicio, la poesía luciliana reúne los caracteres constitutivos de la satura. Quintiliano en el pasaje ya señalado anteriormente, 10, 1, 93, considera que la sátira romana consta de dos elementos: de erudición y libertad por una parte, y de mordacidad y abundancia salis por otra. Con más extensión lo define Isaac Casaubon (*Auli Persi Flacci Satirum liber*, Paris, 1605. Prolegomena, II): *Satiram Romanam duo ista praecipue constituunt: doctrina moralis urbanitas et sales. Caetera communia sunt eius poetis cum aliis multis; acuanima vero, ut sic dicam, et* ὅρος τῆς οὐσίας *eius carminis est, vitiorum insectatio, et ad virtutem cohortatio; ad quae perficienda salibus et iocis tanquam telo utitur.*

Otro problema histórico-literario está también por resolver entre los críticos contemporáneos, la oscura cuestión de la originalidad latina de la sátira, es decir, si es género completamente latino en su génesis literaria.

Se advierte, y es preciso reconocerlo, que en la sátura de Lucilio se entrecruzan ciertos elementos de estilo próximos a la antigua comedia griega. Desde luego se ve claramente que Enio y más aún Lucilio y su escuela tomaron colores y gracias de la comedia antigua, como ya lo anota Horacio (Serm. 1, 4, 1-7), e igualmente de los yámbicos, de los *sillois*, de las comedias satíricas. De esto no se deduce que los escritores griegos com-

Universidad Pontificia de Salamanca

pusieran sátiras del sentido e inspiración latinas, ni que los Romanos siguieran e imitaran de cerca a aquéllos en este género de obras.

Es cierto que desde los epigramas de Homera y los yambos de Arquíloco existieron entre los griegos escritores de inspiración y agudeza satíricas y burlonas. No se han de olvidar las comedias satíricas con los coros de sátiros que cantaban en las literaturas primitivas y cuyos papeles representaban los campesinos saturados de vino y jolgorio.

De este tipo de piezas eran también las comedias trágico-satíricas, (sólo queda el Cyclops de Eurípides), las comedias cómico-satíricas, que se distinguían entre sí por el nombre de los sátiros que intervenían y por la variedad de títulos, pero incluídas en el vocablo común de *comoedia,* sin que por eso quede claro en qué consistía la índole de la comedia satírica griega.

Esta vena satírica no sólo cundía por los poemas dramáticos, sino también por obras de otros géneros, épicas, líricas y yámbicas, como nos enseña Horacio (A. P., 79), del viejo Arquíloco y de Hipponacte, autor del yámbico escazonte. De modo análogo se atribuía el espíritu burlón a ciertos poemas didácticos, como los de Simónides sobre las costumbres de las mujeres, y los *silloi,* así denominados no de los procaces silenos, sino de la voz griega σίλλειν (= «hacer guiños por broma, zaherir a alguien»; de donde *silos* se dice también *scomma* y *dicacitas*); si bien quedan pocos versos de los silógrafos, citados por Diógenes Laercio y Sexto Empírico [16].

Prueba directa para confirmar la originalidad latina del género puede ofrecerse en la siguiente consideración: En la época primitiva cuando los Romanos ignoraban todavía el drama satírico y otras formas del poema griego, sabemos ya que tras los versos arcaicos saturnios se introdujo la sátura latina, y que recibió esta denominación de la variedad de los elementos de las piezas enianas y lucilianas que encerraba. La misma voz

---

16 Cfr. LAERT, 8, 1 y 9, 11, Timon, ed. Cobet, Westermann, Boissonad, Parisiis, Didot, 1850.

Universidad Pontificia de Salamanca

satura según nos enseña la tradición literaria, no puede considerarse derivada, de la palabra griega σατυρίζειν, pues este vocablo contiene un sentido más bien de disolución y petulancia, que de mordacidad y censura; los sátiros hacían gala de aparecer como audaces e imprudentes ante los espectadores, mejor que morder con palabras hirientes; la literatura griega nunca logró un tipo y fisonomía semejantes al género satírico romano. De este mismo criterio es el citado erudito Casaubon, cuando dice entre otras cosas (l. c.): *Minus recte sentire eos qui Romanam satiram cum Graecorum satyrica poesi comparant, ut ab illa ortam, satis probavimus eo libro quem de utraque illa poesi...*

Otros muchos poetas siguieron la sátira de Lucilio de cerca y *pede presso*, pero no vamos a hilvanar aquí una serie de ellos, muchos sin relieve literario. Solamente señalaremos algunos de los lucilianos, anteriores y posteriores a Horacio, poco conocidos, para dar idea del cultivo que alcanzó este género en los siglos I, anterior y posterior a JC.

P. Terencio Varrón Atacino, al que se refiere Horacio en *Serm.* 1, 10, 46, ss., y S. Jerónimo en *Chron. Eus. Olymp.* 174, a. 2, escribió unas sátiras, Argonautica y Bellum Sequanicum (cfr. QUINT. 10, 1, 87).

Albutius, conocido por Varrón (R. R., 3, 2, 17), y contemporáneo de Lucilio, que lo cita muchas veces en sus sátiras (cfr. CIC. *Fin.* 1, 3, 8 y 9; *Orat.*, 44). Fué en filosofía perfecto epicureo y helenizado que vivió en Atenas de joven, y después desterrado (CIC. *Brut.* 35; TUSC. 5. 37).

Del tiempo de Horacio fué Julius Florus, del que dice Porphyrion (*ad Horat.* Ep. 1, 3): *hic Florus fuit satirarum scriptor, cuius sunt electae ex Ennio, Lucilio et Varrone.* A éste dirige Horacio la epístola 3.ª del libro I, y la 2.ª del libro II, de donde deduce Casaubon que escribió sólo Ἐρωτικά. Por la Epístola, 3, 22, ss., sabemos que fué de talento vario y apto para escribir de géneros diversos. Quint. (10, 3, 12, ss.), lo cita como príncipe de la elocuencia en las Galias, y Séneca el retórico (*Controv.* XXV), como declamador.

Universidad Pontificia de Salamanca

Posteriores a Horacio, están Turnus, Lenius, Silius, naturales de Aurunca, como Lucilio, citados por el antiguo escoliasta de Juvenal (*ad Sat.* 1, 20): *Turnum dicit Scaevae Memoris tragici poetae fratrem, qui libertini generis ad honores ambitione provectus est, potens in aula Vespasionarum Titi et Domitiani; vel Lenium dicit qui et ipse satiras scripsit; vel Silium et ipsum sui temporis satiricum. Qui omnes ex Aurunca fuerunt.*

Las sátiras de Turno las recuerda con elogio Martial (7, 97; 11, 10). Wernsdorf (P. L. M. Vol. 3, p. XIX, ss.), sospecha con poderosas razones que fué éste el autor de la sátira, que narró con extensión y libertad los vicios y crímenes de Nerón.

Sulpicia, mujer de Caleno, además, de poemas amatorios, escribió una sátira de la corrupción de la República en tiempo de Domiciano cuando éste expulsó por edicto de Roma a los filósofos. Se conserva porque va aneja a los codd. de Ausonio (entre cuyos versos se encontró por primera vez y fué editada por Tadeo Ugoleto en 1500) y a los de Petronio, Catalectos, Persio y Juvenal (Cf. MART. 10, 35 y 38).

Tucca fué satirógrafo inepto, del que se rie Marcial en 12, 95-94; 96, 7.

De Manlio Vopisco, Statius (*Sylv.* 1, 3, 101, ss.) celebra el ingenio para escribir sátiras y otros poemas. En la epístola antepuesta a la Sylva le dice *virum eruditissimum, qui praecipue vindicet a situ litteras iam pene fugientes.*

A Iulius Rufus menciona Marcial 10, ep. 99: *Si Romana forent haec Socratis ora, fuissent Iulius in satyris quali Rufus habet.* Casaubon (de sat. Rom. p. 231), cree que con estas palabras se elogia la gravedad de Rufo en la sátiras.

También escribió sátiras Aneo Cornuto, filósofo estoico, poeta trágico (cf. SUET. *vita Persii*), y maestro de Persio, cuya sátira V va dirigida a él. Que fué escritor de sátiras se deduce de lo que dice Fulgencio Planciades en la *Exposit. serm. ant.*

Lucillus o Lucullus, es otro sátírico, a quien Rutilio (*Itiner*, 1, 559, ss.), iguala con Turno y Juvenal.

Universidad Pontificia de Salamanca

IV

Transcurrido más de un siglo después de Lucilio, aparecen en la literatura latina como continuadores de la sátira con eminente personalidad poética aquellos citados por Quintiliano, Q. Horacio Flaco de Venusia, A. Persio Flaco de Volterra y D. Junio Juvenal de Aquino.

Un juicio sumario de sus méritos literarios nos da Quintiliano (10, 19, 4): *Multum est tersior ac purus magis (quam Lucilius) Horatius est, nisi labor eius amore, praecipuus. Multum et verae gloriae quamvis uno libro Persius meruit. Sunt clari hodieque et qui olim nominabuntur.*

El primero y principal por el peso poético de su obra y cronológicamente es Horacio. Aquí nos incumbe averiguar en qué consiste su musa satírica, cuál es su plan y desarrollo en los libros de «*Sermones*».

Desde luego vemos que el mismo Horacio en sus Epístolas (2, 2, 6), aplica a sus obras satíricas el nombre de *Bioneos Sermones,* que puede interpretarse como *diatribai* al modo de Bion [17]. Y en los mismos libros de sus Sátiras (*Sermones*) usa la voz *satura* para designar la poesía de este género, como se lee en 2, 1, 1: *Sunt quibus in satura videor nimis acer,* y así mismo en 2, 6, 17: *Quid prius illustrem saturis musaque pedestri.* Con todo, se observa que el poeta piensa y siente pobremente de la poesía satírica, y la tiene en poca estima; de donde salta enseguida ante el crítico literario el problema de si realmente es poesía el poema satírico de que hemos tratado en Lucilio.

Si nos fijamos en los versos de las sátiras horacianas 1, 4, 38-47 parece a primera vista como opinión del poeta que la sátira no constituye de por sí auténtico poema: *neque si qui scribat uti nos/sermoni propiora putes hunc esse poetam*; y acaso por esto había dicho poco antes: *Primum ego me illorum,*

---

[17] Bion de Borysthenes es citado en *Tusc.* 3, 26, 62, como filósofo satírico. Cf. un tratado más amplio de este tema en A. OLTRAMARE, *Les origines de la diatribe romaine,* Lausanne, 1926, p. 126.

Universidad Pontificia de Salamanca

dederim quibus esse poetas/excerpam numero; neque enim concludere versum dixeris esse satis.

Pero bien considerado el asunto, creer tal cosa es un sofisma especioso, pues en esas palabras del Venusimo no se trata más que del intento de defenderse a sí mismo contra todos los que odiaban la poesía y a los poetas satíricos, como en 1, 4, 32 lo expresa el mismo Horacio; en efecto, éste *se pedibus delectat claudere verba/Lucili ritu, nostrum melioris utroque* (2, 1, 28-9).Y por otra parte debe reconocerse con el doctísimo Casaubon que aparte los rasgos peculiares e individuales, hay en los poetas satíricos algo común entre todos ellos, *et acumen nempe disserendi, et eloquendi facultas, et numerorum concinitas,* que ciertamente son cualidades inherentes al espíritu poético.

Volviendo a la propia sátira horaciana en sí, el autor declara (*Serm.* 1, 4), la causa que le movió a dedicarse a componer esta clase de poemas. Si Lucilio se conquistó la enemiga de aquellos a quienes retrata en sus sátiras, siguiendo el modelo de Eupolis, Cratino, Aristófanes y otros poetas, él por su parte, no quiere atraerse, ni merece la ira y mala voluntad de nadie, pues no tiene intención de herir a los demás, ni rociarles con la sal de su crítica. De sí mismo cuenta que desde su niñez le acostumbró su padre *ut fugeret exemplis vitiorum quaeque notando,* y por esto, como inspirado por un instinto como divino pintó las costumbres inmoderadas de los hombres echando mano de la censura, adobándola con la chanza y la indulgente enseñanza. Dió a sus contemporáneos preceptos útiles de vida, aleccionado por la experiencia propia y de las cosas; y éste es el propósito que se impone en las sátiras y epístolas, enseñar y deleitar al lector.

Si nos fijamos en los antecesores directos del Venusino, no debemos omitir que la poesía horaciana ofrece no pocos vínculos con la de Lucilio, por ejemplo, cuando impugna con el ridículo las paradojas estóicas, en lo que parece estar conforme con las sentencias de aquél (cf. Hor. *Sat.* 1, 3, 126-28; 2, 3, 44 y 287; 2, 444). Asimismo en la sátira 5 del libro I en la que describe con maravilloso arte el camino de Roma a Brindis practicado por él, no hay duda que siguió a Lucilio en el itinerario de éste a Sicilia, (III, 109, ss., edit. Marx.), aunque con mode-

Universidad Pontificia de Salamanca

ración y parquedad más complacientes que las de su modelo. En la sátira 1 del libro II, 75, no se desdeña Horacio de confesar de sí mismo *infra Lucili censum ingeniumque*; por más que antes en 1, 4, 11, ya hubiera declarado *cum flueret lutulentus* (Lucilius) *erat quod tollere velles*, en lo que disiente de Quintiliano (10, 1, 94).

En pocas palabras para no prolongar este aspecto con divagaciones, el poeta venusino se presenta como heredero de Lucilio y lo demuestra en muchos lugares de las sátiras (cf. *Serm.* 1, 4, 56-58). De él habla con respeto y elogio en frecuentes pasajes: *Quid vetat et nosmet Lucili scripta legentis/quaerere...* (*Serm.* 1, 10, 56); *attamen et iustum poteras et scribere fortem, /Scipiadam ut sapiens Lucilius.* (*Serm.* 2, 1, 17).

Por más que diga y afirme que el poeta de Suessa es mejor que él, a cualquiera le parecerá claro que Horacio aventajó al inventor del género por muchos conceptos. En efecto, éste dió unidad, dentro de la moderación y prudencia, al estilo difuso y extensivo de su antecesor; la locución luciliana precipitada y descuidada logró una fisonomía más pulcra y nítida por el talento y arte de Flaco, sin mezclar vocablos griegos con los latinos, defecto de extranjerismo o barbarismo que le reprende irónicamente y con razón Horacio en los versos 20-22, de la sátira X del libro 1: *At magnum fecit quod verbis Graeca Latinis miscuit.* Y a los argumentos tratados en la primera sátira luciliana, a veces audaces, insultantes, chabacanos, a veces impugnantes y procaces, por arte y habilidad de Horacio siguieron otros que la hicieron tersa, pulida, humorista y elegante.

Con todo el poeta princeps de la sátira latina no se mantiene el mismo en todos los libros de sus sátiras en lo que a inspiración se refiere: su musa a través del paso del tiempo se hizo más serena, tranquila y jubilosa: en el libro primero ocupa más extensión la defensa y elogio de sí mismo, que en el segundo, en el que no habla tanto de sí, cuanto atiende a punzar las costumbres y vicios de los coetáneos, señalándolos en los individuos nominatim.

Universidad Pontificia de Salamanca

Después de Horacio fluye la vena satírica hacia el ilustre A. Persio Flaco, cuya obra conocida consiste solamente en 6 sátiras. Probo Valerio en la historia biográfica de Persio, dice de él que ardió en deseos de escribir sátiras cuando leyó el libro X de Lucilio, formando entonces el firme propósito de emular al antiguo escritor. Esta referencia histórica acerca de Persio es impugnada por los historiadores modernos, que la consideran apócrifa, como una enmienda intercalada del filósofo Cornuto, maestro del poeta [18].

Persio siguió el ejemplo de sus antecesores Horacio y Lucilio, aunque no calcando sus pasos, como servil imitador. Su sátira 1 empieza con las palabras *O curas hominum,* que parecen evocar lo escrito en el libro X de Lucilio. Digna de notarse es la sátira II, que da indicios de estar inspirada en la doctrina estoica; por esto se cita con aceptación y elogio en los escritores cristianos, como Lactancio, S. Jerónimo, S. Bernardo, y en los humanistas, como Petrarca y Salutati.

La inspiración de Horacio alienta en la sátira III. Cuando se lee en los libros I y II de las epístolas del Venusino la tercera, se advierte pronto el reverbero de la mente horaciana en la de Persio, tanto en la estructura de la composición, como en los detalles. Pero donde resalta la musa de Persio con más aproximación a la de Horacio es en la sátira VI, en su fondo y forma, según puede echarse de ver comparando el verso 41 de Persio con el 15 de la epístola 1 del libro I, y el verso 39 de aquél con el 15 de éste en la sátira 8 del libro II.

Mucho y en diversos sentidos hablaron los contemporáneos del valor y estimación de Persio. Se le ha considerado carente de la experiencia de la vida y de las cosas, que tuvieron Horacio y Juvenal. Aquel aprendió de los libros y escritos de otros las normas de vida honrada. Por lo demás transparenta un *patos* artificioso a través de un arte y elocución retóricos, predicando los principios de un recto vivir con severa intención de enseñar como uno de los maestros ilustres y beneméritos.

---

[18] Cf. *A. Persio Flacco, Le Satire, introduzione, traduzione e note* di AUGUSTO MANCINI, Firenze 1950, p. XIII.

Universidad Pontificia de Salamanca

Creemos juzgar con justicia si admitimos con autores modernos que a Persio no faltó sinceridad y conformidad entre sentimientos y escritos, y que por otra parte no resulta un poeta de difícil comprensión, como han creído algunos, y más, si se tiene en cuenta, que careció su obra de la última y definitiva mano.

Después de Persio, puede contarse entre los sátiricos más notables *qui olim nominabuntur,* en expresión de Quintiliano, D. Junius Juvenalis, que hace el tercero de los más renombrados en tiempo del Imperio.

Pasadas por alto las cuestiones críticas e históricas sobre su vida y el texto de su obra, fijamos la atención en sus aspectos literarios esenciales: su idea sobre la sátira, sus conexiones con los poetas anteriores en el género, y el plan y estilo con que escribe su obra.

Los historiadores del poeta aquinatense nos informan que la primera época de su vida la dedicó con afán a la elocuencia, pero en la segunda mitad se ocupó de propósito en la poesía satírica.

Ya desde su primera sátira se observa que Juvenal al dar cuenta al lector de la causa de componer sátiras, no hace más que seguir fielmente la traza de sus predecesores, como Lucilio por ejemplo, en el libro XVI, (vs. 651, ss., edic. Barx.), como Horacio, que se espontánea en el mismo sentido en la sátira 1, 1, 23-4 y en 1, 4, 136-8, como Persio que en la primera pieza pide para sí el mismo derecho de que usó Lucilio y Flaco (1, 114-118), es decir, el derecho de exponer con claridad apreciaciones y censuras.

El poeta Juvenal guarda el recuerdo y siente el influjo de los modelos que le precedieron, del Venusino a quien cita en el verso 51, de la primera sátira, y del fogoso Lucilio, que lo trae en los versos 20 y 165 de la misma. A Persio no le nombra, pero pueden advertirse sus repercusiones [20].

---

[19] Cf. MANCINI, o. et l. c.

[20] Cf. C. BUSCAROLI, *Persio studiato in rapporto a Orazio e a Giovenale,* Imola 1924, parte I; J. VAN WAGENIGNGEN, *Persi saturae,* Groningue 1911, p. LII.

Universidad Pontificia de Salamanca

A la inspiración de Horacio acomoda algunos de sus pasajes reproduciendo sus argumentos y plan, claro que con distinto estilo, como puede verse en 7, 53-9, y confrontando estos versos con los horacianos de la sat. 1, 4, 39-43. El espíritu de Persio, por ejemplo de la sátira 2, rezuma en el esquema ético y social que Juvenal desarrolla en la sátira 10, puesto que ambos poetas se inspiraron en la misma folosofía neoestóica.

La concepción,, que se forma el poeta de la índole del género satírico, está declarada por el mismo en los versos 81-86 de la sátira I. Considera que cae dentro del tema de su obra *quidquid agunt homines,* y por esto entran en el argumento las pasiones y deseos desenfrenados, es decir, los vicios que entonces cundían, la avaricia, la ira, la lujuria.

Una densa experiencia de la vida le suministraron materia copiosa para vivas e ingeniosas descripciones, aunque puede censurársele que las lecciones que pretende enseñar sobre las costumbres, y las acres recriminaciones que dirige, vengan a parar en negras pinturas. Mas también debe advertirse que según avanzaba en años el poeta, fué disminuyendo la virulencia de su musa y perdiendo fuerza su mordacidad.

El estilo y composición sintáctica de Juvenal prueban de manera clara que no fluyen de su pluma espontáneamente la locución y forma; la retórica y los preceptos de escuela llenan la estructura estilística en el desarrollo de sus argumentos y doctrina, de modo que no se diferencian gran cosa de los artificiosos ejercicios de escuela, que llamaban *tesis*.

Ahora bien, si ponemos en competencia y comparación los tres poetas satíricos que por separado hemos estudiado, para observar concordancias y discrepancias, veremos que efectivamente se parecen en que introducen un segundo personaje que establece el diálogo, resultando movida y con vida la acción entablada (Hor. *Sat.* 2, 1; Pers. 1, 107, ss.; Juv. 1, 147, ss.), pero por distinta causa, pues en Horacio el personaje nuevo a veces amenaza severo, y en los otros dos ríe y se burla. Los tres demuestran admirable conocimiento de la filosofía extendida por las gentes y la aplican en sus poemas, pero el primero enseña la sabiduría aprendida en la vida cotidiana observada con sagacidad; Persio elabora el argumento de su corta obra con

Universidad Pontificia de Salamanca

la doctrina moral que razona, y Juvenal construye una exposición retórica sobre la locura y maldad de los hombres.

Si de Horacio se trata, éste se mueve en su tiempo, Juvenal por el contrario mira de lejos al tiempo pasado, y las amonestaciones de Persio sirven para toda edad, pues las deduce de los autores, no de su propia experiencia. En sus sátiras el Venusino se manifiesta por completo de sí mismo, Persio habla menos de sí, y apenas se deja autocontemplar Juvenal. En los tres es muy débil la unión lógica de las ideas, porque ciertamente la índole de este género no consiente otra cosa de por sí; con todo la concepción horaciana muestra mayor unidad que la de Persio que la quebranta con la variedad y multitud de cuestiones, mientras en Juvenal es negligente y descuidada. Con frase proverbial solemos decir, que *Horacius ridet, Persius praedicat, Juvenalis ardet,* para condensar sus notas específicas.

El juicio y valoración que se ha hecho de los tres poetas no siempre fué la misma; con el tiempo ha sido varia la fortuna y alternativas de los poetas que estudiamos: Para nosotros sin discusión, el príncipe de todos los satíricos latinos es Horacio; Persio por su lado no agrada a todos, ni se capta la estimación común, aunque muchos de sus contemporáneos ensalzaran por lo alto al joven poeta. En la Edad Media mereció gran estima por las enseñanzas que da como maestro de costumbres. En cuanto a Juvenal los doctos de los primeros siglos no lo tuvieron en gran aprecio; después en el siglo IV se levanta su nombre y fama que va creciendo indudablemente en la Edad Media merced al concepto que de él se forma como *poeta ethicus*. En nuestros tiempos entre los críticos y eruditos se le tiene como poeta retórico y satírico de segunda categoría.

V

Ya se anunció anteriormente que existió otro género de sátira en la literatura romana, semejante y afín a la sátira eniana, si bien los críticos y eruditos literarios no la valoran como de tanto peso, que su modelo. Por lo mismo no merece que nos detengamos en ella más de lo justo.

Universidad Pontificia de Salamanca

Esta variedad de satura es la varroniana, así denominada del gran erudito romano Terencio Varrón de Reati, que la introdujo en la literatura latina (QUINT. 10, 1, 95), pero imitando al filósofo cínico, Menipo de Gadara, que fué el que realmente creó este género diverso, en cuyo argumento injertó lo σπουδογέλοιον con extraña variedad de lenguaje y de otras artes liberales, mezclando asimismo la filosofía con la filología, lo jocoso con lo serio, la prosa con el verso cuando no entretejió en la elocución lo griego con lo latino. De él dice Cicerón en *Academ. Quaest.* 1, 2: *Quae nemo adhuc docuerat nec erat unde studiosi scire possent, ea, quantum potui, (nihil enim magnopere meorum miror) feci, ut essent nota nostris, a Graecis enim peti non poterant, ac post L. Aelii nostri occasum ne a Latinis quidem. Et tamen in illis veteribus nostris, quae Menippum imitati, non interpretati, quadam hilaritate conspersimus, multa admista ex intima philosophia, multa dicta dialectice; quae quo facilius minus docti intelligerent, iucunditate quadam ad legendum invitati, in laudationibus, in iis ipsis antiquitatum prooemiis, philosophiae scribere voluimus, si modo consecuti sumus.*

Probo Gramático en el *Comentario a Virgilio, Ecl.* 6, nos habla del nombre que lleva la sátira varroniana: *Varro Menippeus non a magistro, cuius aetas longe praecesserat, nominatus, sed a societate ingenii, quod is quoque omnigeno carmine expoliverat satiras suas,* esto es, a sus libros, semejantes a las sátiras romanas, porque debe creerse que Probo, y no Menipo, denominó de este modo a esos libros.

Mas al género varroniano no le brilló la fortuna al principio, ni aún mucho después, pues que pasado un siglo el mismo Horacio no la toca ni habla en absoluto de ella; no tomó incremento notable hasta que hacia el tiempo de Juvenal fué cultivada por el filósofo L. Séneca en la Apokolokúntosi, que fué una apoteosis burlesca del emperador Claudio, aunque innoble sátira cargada de negro veneno; y luego en el Satiricon por Petronio Arbiter, obra que no está muy distante de la inspiración menipea; en ella el autor describe sin ambages y con diente mordaz los vicios de su época que invadían la sociedad, sobre todo la avaricia, la soberbia, el lujo y los demás que sue-

Universidad Pontificia de Salamanca

len producir guerras y discordias civiles. Intercaló igualmente variados poemas, breves y largos, por lo que puede adivinarse su objetivo de seguir el ejemplo tanto de Varrón como de Lucilio. Para comprender mejor la mentalidad y plan de Petronio, conviene leer y considerar lo que dice Juan Lydus (*De Magistratibus*, 1 ,41):

Τοῦρνος δὲ καὶ Ἰουβανάλιος καί Πετρώνιος αὐτόθεν ταῖς λοιδορίαις ἐπεξελθόντες τὸν σατυρικὸν νόμον παρέτρωσαν.

Tratando de la sátira romana, y antes de cerrar esta disertación sobre tan complicado tema, hay que recordar, otro tipo literario próximo, el género epigrámático, en el que sopló con fuerza el instinto mordaz y gracioso, que lo hizo semejante a una sátira corta. De por sí, mirado por todos los aspectos, parece que no puede considerarse al epigrama como auténtica sátira de la que aquí hemos tratado; en efecto, ni por el argumento que versa con mucha frecuencia de cosas baladíes y de poca monta, ni por la forma del metro,ni por la brevedad y ligereza con que toca el tema, tiene este pequeño género derecho de ciudadanía en el área de la sátura. El primero entre los epigram!ticos es sin duda, M. Valerio Marcial. Cuando éste dirigió un libro de epigramas a Casio Sabino, se lisonjeaba con la esperanza de que sería leído por el destinatario junto a las famosas poesías de Turnus. Más tarde fué considerado Turnus como representante de la sátira junto a Juvenal. No así Marcial, por más que aletee espíritu satírico en sus ligeras composiciones.

Por fin, resumiendo nuestro pensamiento sobre todo el tema de la sátura, nos inclinamos a creer que la invención de ésta como género literario peculiar, tuvo su origen en la literatura latina; después, durante la Edad Media cristiana se extendió la sátira literaria a las literaturas de Occidente, tanto germánicas como románicas, hasta las formas modernas más o menos difusas.

Con lo dicho en la disertación que precede sobre el tema, juzgamos haber ofrecido al lector diligente suficiente materia sobre la sátira romana. No es extensa la exposición, pero no se

Universidad Pontificia de Salamanca

ha de atender al *quantum*, sino al *quale* ha dicho el autor. Por otra parte si pecáramos de difuso, con razón temeríamos exponernos al peligro de brindar a los lectores de exquisito paladar , farragoso e indigesto plato en lugar de bien condimentado manjar. Por eso con prudente previsión no insistimos más tiempo en estos problemas, no vaya a suceder que antes de alcanzar la meta en el estadio, flaqueen las fuerzas y antes de ver arrebatar los *ova* de la alta *spina*, perdamos la esperanza del triunfo.

J. CAMPOS, Sch. P.

Universidad Pontificia de Salamanca